

Sadie Jones

EL PAPEL  
DE NUESTRAS VIDAS

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

SADIE JONES  
EL PAPEL DE NUESTRAS VIDAS

Traducción de Juan Manuel Salmerón Arjona

TUSQUETS  
EDITORES

Título original: *Fallout*

1.ª edición: febrero de 2015

© 2014 by Sadie Jones, Ltd. Todos los derechos reservados.

© de la traducción: Juan Manuel Salmerón Arjona, 2014  
Diseño de la colección: Guillemot-Navares  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. - Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-9066-037-9  
Depósito legal: B. 26.335-2014  
Fotocomposición: Víctor Igual, S.L.  
Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas  
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

## Después. Nueva York. 1975

Nueva York no era su ciudad ni aquélla era su vida. Compraba y escribía postales para sus seres queridos que no enviaba. Por las noches añoraba el calor humano y todas las caras extrañas le recordaban su casa. El título de su obra y un nombre que no era en verdad el suyo, más otros nombres que llenaban las carteleras de otros teatros de la calle, brillaban en marquesinas orladas de luces. Eran las imágenes vistas en las películas de Broadway que aquel mundo de calles sucias y pobres volvía humildes; la nostalgia era más intensa por las tardes, siempre grises... Así se sentía, no como hubiera debido sentirse.

Dado que en los ensayos no lo necesitaban, mataba el tiempo caminando por calles que ya le resultaban familiares y por otras que no conocía. Por la tarde volvía a su habitación de hotel, se quedaba mirando las alturas distantes de la ciudad y pensaba en ella. No creía que viniera.

## Entonces. Inglaterra. 1961

Lucasz Kanowski sacó a su madre del psiquiátrico con mucho sigilo. Salieron por la verja trasera. Abrió el candado con una ganzúa, habilidad que no había perdido pese a la buena educación que recibía en su instituto. En la cartera de clase se había llevado ropa para su madre: una bufanda de la lana —pese a que temía, absurdamente, que pudiera ahorcarse con ella—, una chaqueta con margaritas bordadas en el cuello y un abrigo viejo. También le llevaba un par de botas de goma. Había querido llevar también unos zapatos de mujer normales, pero no había encontrado ningunos. Tal vez su padre los había tirado, aunque dudaba de que aquel hombre indeciso e introvertido se hubiera atrevido a hacer algo tan radical. Las botas de goma no eran elegantes, pero servirían. El parque del psiquiátrico era grande, tardarían en echarla de menos.

Aplastando la hierba alta, abrió la verja y dijo:

—*Allez-y.*

Su madre franqueó la verja, levantó la cabeza y empezó a temblar.

Estaban junto a la carretera. Unos pinzones brincaban y correteaban por el seto. Luke vio que su madre estaba asustada. No decía nada, tenía los brazos cruzados, la chaqueta la hacía más menuda.

—Podemos coger el autobús —propuso, como si todo fuera normal, pero su voz, una voz de joven de trece años, sonaba cascada y nada parecía normal—. *Maman?* Vamos.

La miró a los ojos y vio un abismo. La gente teme a los locos y cree que es por lo que puedan hacer, pero Luke sabía que lo

que realmente temen es ese vacío abismal. Él no estaba asustado. La que tenía que vivir allí era ella. Luke haría lo que fuera por salvarla. Seguía rezando por su madre, aunque esos días los argumentos en contra de la existencia de Dios eran más fuertes que las oraciones. Rezaba creyendo que si hacía algo bueno, realmente bueno, su madre mejoraría.

—*Maman? On y va?*

Su madre lo miró y sonrió. El sol la había puesto colorada, como si la sangre hubiera empezado a fluir, y Luke sintió que aquello era la salvación. Cruzaron la carretera hasta la parada del autobús y, cuando llegó, subieron, se sentaron en silencio y se alejaron.

Tres días antes habían estado sentados juntos en unas sillas desvencijadas en el césped ralo del psiquiátrico Seston, entre dientes de león, delante de paredes cuajadas de tuberías y bajo tejados de casas góticas victorianas llenos de chimeneas. Hélène lo había mirado con gran serenidad y le había dicho:

—He leído en el *Times* que va a haber una exposición de pintura francesa en la National Gallery de Londres, Cézanne, Renoir. *J'aimerais te le montrer, Luc.*

Lo primero que Luke pensó fue que ver cuadros, leer libros, escuchar música era lo mínimo que podía hacerse para llevar una vida tolerable. Incluso su padre escuchaba música. Luego, cuando se despidieron y ella se dispuso a volver a la sala de estar, a hacer lo que hacía cuando él no estaba, le dijo:

—¿Quieres que vayamos a Lincoln a ver cuadros en algún museo?

Pero su madre era parisina y esnob.

—¿A Lincoln? Muy provinciano. —Y acercándose le susurró al oído, con acento francés—: *Londres.*

—*Londres?* —Luke no pudo menos de reír, vencido por una mujer mentalmente débil.

—*Chut!*

Su madre iba despeinada. El suelo del Pabellón Rosa era de linóleo y ella calzaba pantuflas. Llevaba la bata —una bata con bordados— medio abierta y en las sienes se veían las marcas moradas dejadas por el electrochoque. A los pacientes de Seston

se los reconocía por el paso amortiguado y deslizante. Enfermeras, celadores y médicos calzaban zapatos de calle, que resonaban fuerte en el suelo. Los pasos de los pacientes eran silenciosos. Podían hablar alto —a veces lo hacían muy alto—, pero como los recintos no retumbaban no se los oía.

—*En train ce n'est pas très loin.*

Era verdad, en tren se tardaba poco.

Salió por una especie de jaula metálica que había en la entrada y cerró la puerta con pestillo sin que las enfermeras de la recepción se enteraran. Visitaba Seston desde que tenía cinco años, y entraba y salía cuando quería.

Ni siquiera cuando, en la biblioteca, Luke repasaba horarios pensando en la fuga materna, las tenía todas consigo. Hacía planes («Salida de Seston: 10 de la mañana. Tren para Londres: 11:07»), preveía contratiempos («Si nos encontramos con la policía: mentir»), pero sabía que el mayor peligro no venía de las autoridades, sino de su madre. Llevarse la del hospital, privarla de su tratamiento, equivalía a sacarla de un ambiente familiar y exponerla a mil horrores. No se había atrevido a recordarle que se acercaba el día de la fuga por miedo a que se fuera de la lengua. Era su secreto, su terrible secreto, pero se decía que quien tiene la suerte de estar cuerdo, no puede titubear ni ser un cobarde, y cuanto más lo asustaba el desastre, más rabia le daba y más decidido se sentía.

Salieron de la estación de King's Cross. Eran dos seres menudos en medio de la inmensidad de ladrillo y cemento. El aire estaba enrarecido. Ella, con sus botas y envuelta por completo en la chaqueta, parecía una gitana; él, con el pelo mal cortado, se sentía de pronto abrumado por el entorno. Iban cogidos de la mano y se apretaban tanto que se clavaban los huesos. La gente iba y venía. Una persona, al adelantarlos, le dio a Hélène en el hombro y ella se apartó emitiendo un gruñido sordo. Luke, que conocía aquel sonido, supo que significaba peligro.

—*Je ne suis jamais venue ici...* —dijo con una voz que no parecía la suya—. *Tu comprends?*

Luke tampoco había estado antes en Londres, pero no dijo nada.

—¡Perdón! —exclamó una mujer a su lado—. ¡Taxi!

Su madre se apartó con la misma brusquedad con que hubiera esquivado el zarpazo de una fiera, abrió los ojos, emitió otro gruñido, éste gutural —*ag!*—, y se encogió asustada. Luke se dio cuenta de que no estaba preparada para el contacto humano, al menos de momento. Se le presentaba un día larguísimo e impredecible. Decidió que la trataría como si fuera un animal de zoológico, una especie de animal humano. Ella era una criatura extraña e imprevisible; él, un profesional armado con dardos tranquilizantes. Pensó, avergonzado, que ojalá tuviera dardos verdaderos.

—No te preocupes, dispongo de toda la información que necesitamos —dijo, y sacó del bolsillo el horario de los autobuses.

En el autobús, su madre se quedó ensimismada. En el Strand un taxi estuvo a punto de atropellarlos. En cierto momento ella empezó a hablar con alguien que él no podía ver, así que la cogió de la mano y le contó lo que había cenado la noche anterior. Luego se equivocaron —por su culpa— y se dirigieron a Whitehall, pero para entonces su madre se había tranquilizado, y mientras desandaban el camino, iba mirándolo todo y parecía muy contenta.

Trafalgar Square se veía vasta y lisa como un campo de cultivo, y la columna de Nelson se alzaba en medio igual que un talismán.

Entraron en el museo y todo pareció volver a una exótica normalidad. Fue curioso. Durante media hora o más, Luke tuvo el privilegio de constatar que la mente de su madre funcionaba cabalmente, que sus sentidos estaban abiertos. Era lo bastante mayor para saber lo peligroso que resulta creer que Dios castiga o premia a los habitantes de este confuso mundo, pero aquella vez pensó que Dios era consciente del injusto caos que era la vida truncada de su madre y había querido mostrarse benevolente.



—Cierra los ojos —le dijo ella en un momento en que se quedaron casi solos en una gran sala rodeados de Cézannes y Monets—. ¿Sientes las pinturas, Luc? —Él cerró los ojos—. ¿Crees que si las paredes estuvieran vacías notarías el aire igual?

Luke permaneció con los ojos cerrados, percibiendo que las obras que lo rodeaban estaban vivas. Aquellas obras alteraban la atmósfera. Pensó en el genio que el paso del tiempo afianza, en el inconmensurable carisma de la fama. No sabía cómo expresarlo con palabras, sólo sabía que las pinturas parecían respirar.

—Es como si fueran personas —dijo, y abrió los ojos.

Estaban de pie en medio del silencio de los cuadros con marco dorado. Agua iluminada por el sol. Flores. Claros acantilados del sur.

—Quizá pienses que no merecía la pena —dijo su madre, encogiéndose de hombros.

Se sintió avergonzado, como si le hubiera leído el pensamiento, pero cuando continuaron la visita y su madre lo miró y sonrió, supo que sí merecía la pena. Estaban rodeados de grandeza, ambos lo sabían y se sentían exaltados. Cuando salieron del museo y ella lo tomó del brazo, Luke se volvió y dio las gracias a los cuadros.

Nina Hollings, una chiquilla de once años, miraba a las dos hermanas representadas en el cuadro, que la miraban a su vez con una alegre sonrisa de persona rica. Observaba admirada que se cogían del brazo e iban vestidas con prendas de terciopelo y seda, y se sentía exactamente como lo que era: un ser privado de amor y belleza.

—Sólo los hombres saben pintar mujeres —le dijo su madre, que estaba detrás, con voz clara y potente, y poniéndole las manos en los hombros añadió—: Sólo los hombres saben peinar a las mujeres y cortar bien sus ropas.

—¿Por qué? —Nina no podía dejar de mirar a aquellas jóvenes pintadas por Singer Sargent, con sus cinturitas de avispa, sus vestidos de fiesta y sus ojos radiantes y húmedos rebosantes de vida—. ¿Por qué sólo los hombres?

—Porque desean a las mujeres y saben cómo crearlas... incluso los homosexuales. Las peluqueras de mujeres lo hacen muy mal. Por lo general están celosas y las hacen parecer vulgares.

—¿No hay mujeres artistas? —preguntó Nina.

—Las hay, pero a la mayoría sólo les interesa lo feo... ¡y eso que se dedican a la alta costura!

Marianne emitió un bufidito, sacó del bolso unos guantes de piel verde y empezó a calzárselos.

Mientras tanto, Nina aprovechó para apoyarse en una pierna y mover el otro pie como si pisara un pedal. Miró a las personas que había en la sala: parejas de damas que murmuraban y dos estudiantes en camiseta que se besaban. La chica llevaba una falda muy holgada y zapatitos sin tacón, y el chico la ceñía con el brazo.

—¿Y qué me dices de Coco Chanel? —preguntó al rato.

—Chanel es malísima —repuso Marianne, terminando de ajustarse los guantes—. Todos sus buenos modistos son hombres. Hala, vamos.

Cogió a la hija de la mano y echaron a andar. Al pasar junto a los estudiantes que se besaban, Nina los miró. La chica tenía la cabeza apoyada en el hombro del novio y le guiñó un ojo cargado de rímel.

Cuando llegaron a la alargada sala central del museo, por cuyas puertas podía verse Trafalgar Square, Nina exclamó:

—¡Mira, una exposición de pintura francesa!

—La vemos otro día.

—¿Pues vamos a otra sala?

—La última. —Marianne suspiró como si fuera una gran carga pasar un momento más con su hija.

Se detuvieron ante el *San Jorge y el dragón* de Uccello. Nina se quedó contemplando a la doncella de largo cuello delicadamente atada, y al san Jorge de lujosa armadura que le clavaba la lanza al dragón en el ojo, y dijo:

—No dice qué princesa es. Y tampoco parece muy asustada, ¿no?

—Porque están salvándola —contestó Marianne mirando su reloj.

Y eso fue todo. Salieron del museo. Estaba nublado. Habían quedado con la tía Mat junto a las esculturas de los leones de la columna de Nelson.

Unos niños echaban alpiste a las palomas, que se precipitaban y arremolinaban en el suelo. Había una niña parada como un espantapájaros, por cuyos brazos subían y bajaban palomas. Reía y balbuceaba. Tenía los pliegues del abrigo llenos de alpiste. Nina vio que el padre de la niña se agachaba y le sacaba una foto y sintió envidia.

—¡Qué asco! —dijo Marianne, y se la llevó de allí.

La tía Mat esperaba pacientemente junto al pedestal de uno de los leones. Una de las enormes garras negras quedaba justo detrás de su cabeza. Colgados del brazo llevaba una bolsa y su bolso de piel de cocodrilo, en cuyo fondo siempre había caramelos y cajetillas de tabaco marca Player's N.º 6. Les hizo un efusivo ademán.

—¡Ya era hora! ¿Lo habéis pasado bien?

Nina se quedó mirando los zapatos de su tía Mat, que le parecieron muy cómodos.

—Hola, Matilda —saludó su madre, que estaba plantada como un purasangre, con una pierna estirada. Llevaba un vestido verde musgo con un cinturón que destacaba como una joya contra el fondo gris.

—Hola, Marianne —contestó la tía Mat, fríamente. Miró a Nina y sonrió, y sus mejillas empolvadas se agrietaron. Nina no pudo corresponderle con otra sonrisa.

Cuando su madre sonreía, la cara no le cambiaba. Nina lo había intentado ante el espejo, pero a ella, como a su tía, sonreír le deformaba la cara y le hacía parecer un mono. Por eso pensaba que no iba a ser guapa.

—Tengo una entrevista —dijo Marianne.

—¿Hay mucho trabajo ahora? —preguntó Matilda.

—Flojea muchísimo.

—Como la semana pasada dijiste que estabas muy ocupada... ¿Audiciones?

—¡Y estoy muy ocupada!

—Mamá..., por favor —dijo Nina con voz débil, haciendo sin darse cuenta la mano de su madre.

Marianne se agachó todo lo que la falda le permitía y la miró.

—Nina, cariño, sé buena. Ya sabes que no me gusta que llores.

Hubo un movimiento brusco: Matilda había aplastado algo con sus zapatos de tacón bajo.

—Te adoro —le susurró Marianne a su hija—. Siempre que me separo de ti se me parte el corazón.

Nina sintió que el pecho le dolía también como si se lo oprimieran con un cinturón.

—Dile adiós a mamá y dale un beso.

La última vez Nina le había suplicado, se había agarrado a ella, había montado una escena. Abandonarse a sus sentimientos, perder el control, ser abyecta le había procurado un placer casi extático. Había creído que así retendría a su madre, pero en cambio la había alejado. ¿Quién podía querer a una desesperada como ella? Esta vez estaba decidida a no llorar.

—Adiós, querida —le dijo su madre, con lágrimas en los ojos. Pero Nina le apretaba la mano para retenerla.

—¡Por Dios, Marianne! —dijo Matilda—. ¡Vete ya!

Pero Marianne no se iba y decía:

—Cariño mío, deja que me vaya.

Nina no pudo más y rompió a llorar incontinentemente.

—Querida —le dijo su madre—, tengo que marcharme...

—¿Por qué? —preguntó Nina sollozando, entre lágrimas, saliva y mocos.

—Por favor, querida...

—¡Tú vete! —exclamó Matilda.

—¿Cómo quieres que me vaya y deje a mi hija llorando? —replicó Marianne.

Matilda se dio por vencida. Nina era incapaz de controlarse; Marianne no se iría hasta que su hija se tranquilizara. Al final la niña la soltó, no porque quisiera, sino porque sabía que no conseguiría nada.

Marianne se alejó despacio, volviéndose a cada momento y diciéndole adiós con la mano. Se había marchado.

—Andando —le dijo su tía Mat vivamente, cogiéndola de la mano.

Tiró de ella bruscamente. Nina trató de ir a su paso, tropezó, Matilda se detuvo. No se agachó ni la tomó en brazos.

—Lo siento, querida. Tú no tienes la culpa. —Se recolocó las bolsas en el brazo, cosa que hacía constantemente—. ¿Te lo has pasado bien? ¿Quieres un té y un buen bollo?

Nina no contestó. Matilda suspiró y renunció de momento a hacerse querer. Miró con tristeza la plaza, las palomas, los leones recostados. Un vientecillo frío arrastraba la basura del suelo y la arremolinaba al pie de los pedestales. Volvió a mirar la desolada cara de su sobrina.

—¿Quieres echarles comida a las palomas?

—No —contestó la niña—. Son asquerosas.

—¿Por qué dices eso, querida?

Nina iba a responder cuando reparó en una mujer con botas de goma que había en la escalinata del museo.

—¿Qué hace allí aquella mujer? —preguntó, intrigada.

—Nada, está sentada —respondió Matilda, mirando.

—¿Y por qué se sienta en los escalones, con lo sucios que están? ¿Y por qué lleva botas de goma? ¿Y qué hace ese chico?

—Intenta llevársela, parece, y eso es lo que tendríamos que hacer nosotras, irnos.

—¿Está llorando?

—No la mires.

—No puede verme.

—No es de buena educación.

—Estamos muy lejos. ¡Oh, mira, un policía!

Matilda no pudo evitar mirar también. Un hombre de uniforme hablaba en términos enérgicos con el larguirucho muchacho, que extendía los brazos como si quisiera proteger a la mujer.

—No es un policía —le explicó la tía—. Es un guardia del museo.

—¿Y qué guarda?

—Los cuadros... y vigila para que la gente se comporte como es debido.

—Pues esa mujer no se comporta como es debido.

La mujer de los escalones balanceaba el tronco adelante y

atrás y se tiraba de la chaqueta, mientras el chico y el guardia discutían. Matilda volvió a coger a la sobrina de la mano.

—Serán vagabundos. Entremos a ver si podemos tomar un té.

Se dirigieron a un lado de la escalinata, para evitar al grupo del guardia, el chico y la mujer de las botas de goma, cuya discusión subía de tono. La gente, al pasar, se detenía y ya se había formado una pequeña muchedumbre. La mujer gemía, entre palabras y frases sueltas.

—... había setecientos —estaba diciendo—, *sept cents, vous voyez?* No todos están vivos. Usted no es policía... —Y se protegía como si estuvieran atacándola.

—¿Dónde viven? ¿Cómo se llaman? —le preguntaba el guardia al muchacho, que miraba angustiado el suelo, cambiando el peso del cuerpo de un pie al otro.

—No le pasa nada. No empeore las cosas —decía el joven, pálido.

—Ven, Nina —dijo Matilda—. No es asunto nuestro.

Y tía y sobrina entraron en el museo.

Dentro se oían ecos amortiguados, voces bajas y el suave rumor de las puertas altas y pesadas al rozar el suelo cuando se abrían y cerraban. Nina se volvió a mirar a la mujer y al extraño muchacho, pero ya no se veían. Tenía la boca seca. Al pasar junto a ellos se había sentido a la vez asustada y fascinada.

Y algo más. Todo el mundo se había fijado en la angustia, la palidez, la fragilidad de la mujer, y cómo el desgarbado muchacho, demasiado joven para cuidar de nadie, la protegía y defendía con decisión. Nina supo lo que sentía: envidia.

—Era guapa, ¿a que sí? —le preguntó a su tía, dándole un tirón de la mano.

—No sé, no me he dado cuenta. Era francesa, creo.

—Como mamá.

—Como tu abuela. Tu madre es tan inglesa como yo, o casi.

—¿Qué van a hacer con ella?

—Llevársela.

—¿Adónde?

—No sé, a algún sitio.

—Pobrecita —murmuró Nina.

Se la imaginó delicadamente atada con cuerdas, como la doncella del cuadro, y que unos soldados la conducían a un sitio desconocido donde se hallaría a salvo. ¡Qué maravilloso sería estar tan indefensa y que vinieran por una y la salvaran!

\*

Era bien pasada la medianoche cuando Tomasz Kanowski abrió la puerta a su hijo y a los dos policías. En el vestíbulo había una bombilla de poca potencia con una pantalla naranja —una tela floreada— y Tomasz era un bulto oscuro en el umbral. Lo envolvía un olor a cebolla cocida, a tabaco y como a pescado agrio que salía de dentro de la casa. Los policías se quitaron el casco para dar a entender que aquello era un asunto de familia.

—¿El señor Kanowski?

—Sí —contestó Tomasz—. Entra en casa, Lucasz. —Su voz, cascada por el alcohol y la emoción, parecía pugnar por salir de su garganta.

Luke entró esquivando a su padre y se volvió a mirar a los agentes, dos hombres de cara pálida y enfermiza. Éstos intercambiaron miradas. Tomasz los observaba con una especie de desafío pasivo; algo nada inglés, por cierto. Los policías esperaron a que dijera algo más, pero no lo hizo.

Cuando se fueron, cerró la puerta despacio. Luke dejó caer la cabeza y empezó a moverla con cansancio, contento de hallarse sano y salvo en casa, en aquella prisión segura y maloliente. Su padre lo cogió por la nuca y lo atrajo hacia sí, hasta que Luke se vio con la frente apoyada contra la gruesa clavícula que notaba bajo la camisa.

—Has hecho una cosa muy valiente y muy estúpida —murmuró, oprimiendo el cráneo del hijo con sus dedazos.

Luke asintió, compungido. El olor paterno a cerveza y sudor se le pegaba a la nariz.

—Le habrás hecho pasar a tu madre un miedo terrible.

—Me da igual —masculló Luke, con rabia—. Le ha gustado. Ella quería, estaba feliz. Por un rato. ¿Por qué no vas a verla? Deberías visitarla.

Tomasz oprimió la cabeza del hijo contra su pecho.

—Calla, Lucasz.

Siguieron unidos en aquel apretado abrazo hasta que Tomasz, bajando la cabeza —Luke notó su aliento caliente en la nuca—, tomó la de su hijo con ambas manos y lo apartó de sí lentamente. Si los ojos de su madre miraban al vacío, los de su padre, húmedos y de expresión indefinible, parecían salirse de las órbitas. Le dio un fuerte beso en la frente y le dijo:

—Y ahora vete a la cama.

Luke se sentó en la cama, contento de hallarse por fin solo. Recordó lo ocurrido aquella tarde: la serie de vehículos en que los transportaron por carreteras oscuras; los agentes que lo interrogaron, primero con desconfianza, luego con compasión, cuando se descubrió su venial delito y se supo que su madre nunca salía del psiquiátrico. «Nunca hasta hoy», pensó Luke. Se tapó los ojos con las manos como si no quisiera ver la inhumana coacción que hubo que ejercer para separarla de él, ni el vergonzante alivio que sintió cuando se la llevaron.

Se tumbó, más por cansancio que por deseo, y se quedó mirando el crucifijo de madera negra y metal dorado que colgaba de la pared de enfrente. En ocasiones la idea de Dios lo hacía reír; otras, temblar. Muchas veces se persignaba sin pensarlo, o inclinaba la cabeza, o se rebelaba contra la ciega mano patriarcal que lo oprimía. Ahora se quedó mirando el crucifijo, uno barato, colgado de un gancho, y rezó. Oía los pasos lentos de su padre. Miró al techo. Dejó de oír las pisadas. Los ojos se le nublaron.

«*Zdrowas Maryjo, łaski pełna, Pan z Toba.*»

«Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte...»

Un escuadrón de bombarderos Hurricane pasó en silencio por encima de su cabeza. Su padre, con bufanda y guantes largos, como nunca lo había conocido aunque sabía que un día



había sido así, le dirigió un saludo cordial desde lo alto... y Luke se quedó dormido.

Desde el marco barato que colgaba sobre su cabeza, la Virgen, con los labios curiosamente pintados de azul claro, bendijo su sueño con una sonrisa.